

FAMILIA

MARZO





LA HORA DE LOS LIBROS

Literatura infantil

Hay un período en el desarrollo del niño que es a su vida espiritual lo que la aurora al día. En él aparece por vez primera y llena de promesas la luz que brillará en el meridiano de su existencia. Es la hora en que el niño, abandonando el silabeo, lee de corrido, siendo capaz de comprender el pensamiento que se oculta tras los pequeños signos que aprendió a descifrar. Es cuando en realidad aprende a leer, porque al silabar sólo ha pronunciado mecánicamente los sonidos, sin alcanzar a penetrar en el sentido de las letras. Al descifrar una sentencia vislumbra que hay algo detrás de los signos visibles, algo que tendrá para su espíritu de ser humano el hechizo de lo insondable, de lo eternamente desconocido. Confusamente se le ha revelado que lo que se oculta tras las pequeñas marcas negras es el alma de la especie: sus conquistas, sus anhelos y sus dolorosas impotencias.

En todo esto momento es de un júbilo y de una curiosidad intensos. He conocido rapaces de seis años que, sentados en sus camitas, mientras todos dormían en su casa el sueño del amanecer, bebieron su primer libro de un solo sorbo, locamente ansiosos de saber y de ejercitar esa potencia nueva que germinaba en ellos.

Este minuto de entusiasmo ferviente, que marca el nacimiento del niño a la vida del espíritu, pasa inadvertido para la mayoría de las madres. Ignoran su significación y no saben cómo dirigirlo hacia la felicidad ulterior de sus hijos. Fuera lo contrario, no dejarían de aprovecharlo para inculcarles el gusto por la buena lectura. No hay que esperar que las circunstancias o el azar, determinen la corriente de obras que alimentarán al cerebro infantil. Sobre este momento de iniciación, la madre vigilante debe presidir, velando porque se dé al nequeño la lectura que le convenga en la forma y en la medida que lo necesite.

La pedagogía enseña que no debe enseñarse a leer, ni poner un libro en manos de un niño antes de los seis o siete años. Esta regla fundamental no puede contravenirse sin acarrear graves perjuicios físicos y morales aún hasta a los niños que se creen más precoces o mejor dotados.

Entre los siete y los diez años la base de la literatura infantil la forman los cuentos, las leyendas, las poesías sencillas; pero hay también libros de iniciación a las ciencias y a las artes que pueden aprovecharse muy bien para compensar los efectos de lecturas puramente de imaginación.

Sea cual fuere el fondo de estas obras no llenan su cometido si su impresión no está adaptada a las limitaciones infantiles. No se admita jamás para los niños obras impresas en tipo corriente, que resulta demasiado pequeño para su desarrollo visual. La monda preñez trae muchas veces su origen en el abuso de estos libros mal impresos. El tipo debe ser grande, el papel opaco y resistente. Naturalmente, aquellos profusamente ilustrados deben preferirse, porque exigen un esfuerzo imaginativo mucho menor.

Respecto a la cantidad de lectura que puede darse en esta edad al niño, es preferible pecar por disminución que por exceso. No se le conceda más de un pequeño libro cada vez y exíjase que sea leído con atención y calma. Imponer la obligación de relatar el contenido de la obra después de su lectura, es un excelente medio de conocer en qué forma ha asimilado el chiquitín las páginas que se le han entregado. No es menester decirle de antemano que se le va a pedir esa prueba, ni para qué: el interés maternal o el deseo de mostrar al papá o a los abuelos lo que el hijo ha leído pueden anularse como suficientes razones.

La selección de obras para los niños se facilita extraordinariamente mediante las bibliotecas infantiles. Desgraciadamente, en Chile no las hay. En Santiago sólo conozco una y en estado incipiente, la de "J. Avelino Ramírez", en la Escuela Normal No. 3, nacida al calor de la iniciativa privada y todavía muy pobre de materiales y de libros. En otros países, en Estados Unidos, por ejemplo, existen anexas a todas las grandes bibliotecas. Sus servicios favorecen a pobres y a ricos. A los primeros porque les permiten gozar que su triste condición les negaría y a los segundos, porque les proporciona una colección vasta, sin a qué poder elegir.

Nada hay más atractivo y simpático que estas bibliotecas. Ornamentan sus muros cuadros de colores vivos en que las hadas y los héroes muestran el apoyo de su valor o de su grandeza; macetas de flores alzan los rinceos; los badillos rutilantes y brillantes del riso sostienen sillares y mesas minúsculas; adheridos a los muros, estantes bajos y abiertos atesoran los millores de la imaginación y los ensueños de la raza, y diseminados por todas partes ronzuelos rubios o morenos, solos o en compañía de sus ayes, vestidos de encajes o cubiertos de telas hastas, revisan libros, lean atentamente, con los ojos muy abiertos y la punta de la lengua entre los labios, o simplemente se extasián ante

los álbums de grabados en que las ilustraciones lo dicen todo y todo lo cuentan. Hay libros de cuentos, de historias, de viajes, adaptaciones científicas, literarias y artísticas; ediciones lujosísimas al lado de los modestos libros populares y muchos de esos livianos mamotreos, destinados a los pequeños que ignoran los signos del A B C, cubiertos de grabados y de monos.

La literatura para niños de 7 a 10 años no escasea en castellano y se la encuentra sin esfuerzo en las buenas librerías de Santiago. Lo que es muy difícil encontrar son versos adecuados a esa edad. El señor Ismael Parraguez ha publicado un libro de cantos infantiles que goza de gran predicamento entre los niños. ¿Quién de ellos que haya pasado por un kindergarten no sabe entonar:

"Los pollitos dicen
plo, plo, plo..."

La poetisa premiada en los últimos juegos florales y cuyo sendónimo es Gabriela Mistral, trabaja también en una serie de poesías de esta especie. Rubén Darío tiene una que es una maravilla de donosura y de gracia. Aquella que principia:

"Margarita,
está linda la mar
y el viento
trae esencia sutil de azahar.
Tu siento en el alma
una alondra cantar:
tu acento,
Margarita
te voy a contar un cuento".

El poeta de los nocturnos, José A. Silva, ha escrito asimismo algunas poesías adaptables a los niños; mas, éstas son excepciones. La regla general es que en castellano hay muy pocos versos adecuados a la edad pueril. En esta emergencia, yo recomendaría los romances viejos. Son tan ingeniosos y tan hermosos! Los hay de todos los asuntos y en todos los tonos y su número es tan considerable que la única dificultad que presentan es la de la elección.

La literatura que nos falta casi por completo en el idioma es la destinada a los adolescentes. Es una carencia desgraciada, porque una literatura adecuada sería una válvula de escape a las aspiraciones sin objetivo definido, a los morbosísimos melancólicos, a las inquietudes de esa edad delicada y peligrosa. En la dificultad de hallar los libros necesarios, las madres suelen tomar la resolución de prohibir por entero la lectura, sobre todo de obras de imaginación. El resultado es bien conocido. Invariablymente y a pesar de la más estricta vigilancia, se lee a escondidas y casi siempre las peores obras, las menos propicias para restablecer el equilibrio del espíritu. ¿Qué hacer entonces? Buscar hasta hallar los libros. Para esto vuelvo a remitir a mis lectoras a las obras clásicas; hay adaptaciones de Homero, de Virgilio, de Shakespeare, de Cervantes mismo, que pueden ponerse sin peligro y con manifiesto provecho en manos de los adolescentes.

Las pre-lecciones que deben presidir a las lecturas infantiles pueden resumirse así:

1. No debe enseñarse al niño a leer antes de los 6 ó 7 años. Tampoco se le permitirá antes de esa edad otros libros que los meramente gramaticales.
2. No se le debe dar más de un libro cada vez.
3. Debe evitarse la lectura excesiva de libros de imaginación. Concélese una obra de ficción por cada dos de ciencias o de historia.
4. Debe enseñarse al niño desde pequeño a juzgar la lectura menos como pasatiempo que como un trabajo agradable del cual puede extraerse un beneficio.
5. Evitense las traducciones, y sólo se permitan la de los grandes autores.
6. Cuidese de que los libros que se entregan a los niños estén dentro del marzen de sus inclinaciones sanas y en la medida de su capacidad.
7. Búsquense las ediciones de tipo grande, en papel opaco y con impresión clara y nítida.

Sé que son escasas las madres chilenas que se preocupan de dirigir la lectura de sus hijos. Sin embargo, para ellas y para las que deseen imitar su ejemplo, escribo estas líneas. A ambas me sería sercir, si mis indicaciones recibieran serles útiles. Me sería muy agradable contestar a evaluadora investigación de esta especie que se me dirigiera a esta revista, y ayudarles en la selección de los libros, en buscar las mejores ediciones e indicar los niños en dónde pueden encontrarse.

AMANDA LABARCA HUBERTSON.